

que ha muerto ya, y lo que hacemos hoy aquí, por desdicha de la misma, es sólo aventar sus pobres cenizas, las cuales de ben reposar para *vita eterna* en el triste panteón de los mártires del abandono y del olvido. Sus entusiastas apóstoles de ayer, aquellos que con tanta fe como energía, sermoneaban, con el fin de inculcar la idea del indispensable auxilio mutuo en la mente de los que se titulaban socios de aquella malograda institución, muerta como agostada flor por los rudos embates del antagonismo maldecido, se han cansado totalmente, en su misión estéril, al notar la desdichada época de prematura decadencia, en que tras de tanto luchar y gestionar sin éxito ni fortuna, iba entrando la madre común desgraciada, sin que las fibras de aquel tan cacareado sentimiento fraternal, encarecido á la continua por ellos mismos, vibrasen un sólo instante más, para contener el terrible desmoronamiento que ya se preveía entonces, y detener así la huída de todos aquellos híbridos y tal vez inconscientes elementos que bien podrán bautizarse hoy y siempre con el ridículo nombre de niños, ó mejor dicho, de *mamones sociales*.

No hay, pues, Sociedad Tipográfica Montevideana. Esta existe sólo de nombre hoy, aun á pesar del último y grandioso esfuerzo, que está haciendo, algo así como en retirada, esta humilde publicación, que supo valiente sobrevivir á los grandes desastres, sin que siquiera lograrse mojar sus modestas vestiduras el impetuoso oleaje que, en infausta hora, echó abajo la columna angular, que magestuosamente sostenía el aun ayer potente edificio social, tan digno, sí, por todos conceptos de ser llorado. No se hagan por lo mismo, la torpe ilusión, los más fieles y sinceros adeptos, de creer que todavía los corazones de sus pseudo compañeros de pretéritos días, tienen virtud y aliento social bastantes para dar impulso fiero á la institución sacrificada al capricho de los más torpes y trasfundir sangre de vida nueva en las paralizadas arterias de la pobre madre común fallecida, porque tan lamentable obsesión, hija sólo del intenso amor social y del buen deseo que les ha animado siempre, podía perfectamente dar lugar á encontrados choques de pasiones distintas, durante los cuales, ni el buen nombre y dignidad de la Tipográfica Montevideana, llegaría poco ni mucho á respetarse, tal podían ser, como lógicamente debe suponerse, la ofuscación malvada de los rebeldes y el engreimiento maldito de los que, cual pobres estatuas de mísero barro, sienten la carencia absoluta del manantial del sentimiento para obrar el bien, y disecado, por otra parte, el cerebro para notar la sensación intelectual de una idea que traiga, como conclusión axiomática y precisa, aparejada la unión común, seguida naturalmente de la concordia feliz

y salvadora, que tan necesaria é indispensable se hace en estos especialísimos y tan trascendentales casos.

No cabe ahora, como punto de discusión, abordar la triste y enojosísima tarea del deslinde de las responsabilidades que gravitan sobre los que, impávidos y arrogantes, contemplan hoy, desde lejos, su funesta obra de demolición y de ruinas. Pero cabe y procede, sí, dejar de una vez para siempre sentado que la mesticería y el sincretismo de principios é ideas, tan extraños unos y otros entre sí, como mal concebidos y peor aplicados todos, fueron la principal causa y el origen cuasi único de la muerte de una Sociedad que debía en rigor ser eterna, lo mismo por la bondad y el espíritu de su acción, siempre noble y protectora y nunca atemperada, ni aun siquiera en los desdichados tiempos de su existencia caduca, como por la humanitaria y trascendental belleza de sus fines, jamás empañados, ni con la desarmonía de las ideas, ni con el accidental rencor de las toscas individualidades entre sí.

¡¡ Infelices !!... Querían obtener el apetecido fruto con mil rapsodias de otras tantas distintas escuelas filosófico-sociales. Se afanaban de todas maneras por utilizar los fragmentos de ideas que se hallan esparcidos, sin orden ni dirección fijas, por el campo de la filosofía que era de su consulta y examen, sin tener su *sindéresis* y magullado criterio para nada en cuenta que los principios de contradicción, sea la ciencia cual fuere, no pueden producir sino contradictorios sistemas, que llevan ya infiltrada en la sustancia de su extraña composición el todo del absurdo y el germen letal de la desmembración completa y absoluta de aquello mismo que se pretendía encauzar de pronto y consolidar de una sola vez para siempre.

Las provechosas doctrinas sociales, — óiganlo bien todos aquellos que han ejecutado el daño más grande que en su vida podían hacer — dejan de serlo para convertirse de pronto en vulgares desatinos, generadores de todo género de males, inmediatamente que se juega con el alcance de los altos principios que las alimentan y sostienen y que se rompe el invisible hilo que une y estrecha en indisoluble y compatibilísimo consorcio la congruencia filosófica de sus proposiciones y la lógica irreprochable y severa de sus ratiocinios que, juzgados unas y otros con sintético criterio, se presentan á la inteligencia, bajo la fórmula de un entimema ó de un axioma, siempre que esas mismas doctrinas se hallen ya estudiadas y analizadas por la ciencia y pasadas por ella también en autoridad de cosa juzgada.

Se cansaron pronto los apóstoles, volvemos á repetir, debido tal vez á que su propaganda y su sermonismo, no obtenían enseguida satisfactorio y hasta envidiable

resultado. Ellos, inocentes quizás unos y demasiado ilusos tal vez otros, habrán creído seguramente que todo aquello que decían, como consuelo de su buen deseo, tendría la misma suerte que la purga de Benito, que hacía efecto desde la botica. Bien podían darse con un canto en los pechos si tras de un largo tiempo de gestión y de lucha, podían decir con entusiasmo delirante que habían conseguido, aunque no más fuera que humilde y modesto, un asiento en el mundo de las sociedades de mutuo socorro y resistencia para la desventurada Tipográfica Montevideana, que no ha tenido otro destino en su triste vida que andar siempre errante de puerta en puerta, implorando el tan carísimo sentimiento fraternal, que todos, ó casi todos, por causas que en rigurosa lógica no se justifican, á última hora le han sin piedad y menos justicia negado.

¿Qué consuelo le queda hoy, pues? Ninguno... Llorar simplemente como mujeres aquello que no han sabido defender como hombres.

MANCO CAPAC.

Negocios de Tío Bartolo

(COLABORACIÓN)

Las quejas contra los presupuesteros y manejadores de aprendices no tendrán éxito, mientras no pueda probarse á los propietarios el error en que incurren al figurarse que van á hacer buen negocio por unos cuantos pesos que ahorren en sueldos al mes.

Por desgracia, casi siempre los que se prestan á hacer rebajas en los presupuestos, resultan pésimos tipógrafos y malos cuidadores de los bienes á su custodia, por más que les sobre jarabe de labio para embaucar á los ilusos.

Ejemplos á montones podrían presentarse. Si los dueños y administradores no fueran tan legos en el arte como generalmente son, revisando sus talleres, verían cajas empasteladas, adornos lastimados, titulares revueltas y descasadas, papel, tinta y otros ingredientes mal empleados, y entonces harían verdaderos cálculos ó reflexiones.

Es cierto, dirían, que este encargado me ahorra en sueldos ciento y pico de pesos mensuales; pero al año escaso de trabajo, veo derrochados dos ó tres mil pesos de capital, resultando mi negocio parecido al de aquellos bancos y sociedades por acciones, con los que hubo la habilidad de poder repartir dividendos semestrales al mismo tiempo que desaparecía el capital integrado.

Por eso vemos que imprentas compradas en diez ó veinte mil pesos, antes de tres años de trabajo descende su valor á cinco mil cuando más, sin que actuara la encubridora crisis, salvo el caso que aparezca